

Juan Felipe Robledo Cadavid

Tres poemas del libro De mañana

Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 1999

Un poema para no olvidar el árbol del caucho

Las hormigas que conocen bien la sombra
no tienen ningún motivo de vergüenza,
no hay sitio que no conozcan
ni dicha que no las llene en las mañanas frescas de la costa.

Los mangos que reposan en los senderos recorridos por su impudicia
son hoy ruinas de castillos, lejanos bastiones para dejar de lado y no lanzarse a conquistar.

Los cruzados jamás vendrían a esta tierra, los corceles no piafaron en ella bajo largos mediodías.

Son sus rutas poblados conciertos que cantan la espesura, tiempo callado que no dice vaguedades o intensifica los acentos que viven sobre sus cabezas.

Dioses que atravesaron el océano viven en esta tierra desde hace varios siglos
y los que habitan bajo el árbol no se han enterado
o si lo supieron un día no les importó.

No hay bajo el árbol de caucho plegarias, no hay consuelo,
todo es vida de esplendor para el olvido.

Y las hojas se mueven, el tiempo es eterno en los bordes,
los perros se persiguen desde siempre entre la arena,
festejan los loros y las guacamayas en el cielo delgado que abraza al árbol,
el día pasa con fuegos lejanos y la piedra canta para sí.



Escena para convocar a Petrarca

Un hombre cree haber olvidado las rutas de la sangre
y amnésico, pesado y algo culpable, atreve sus pasos por distante concierto.

El sonido de las ajenas palabras,
la extraña voluntad con que los otros se arrojan a la liza,
lo dejan más cansado que a un pastor en plena esquilma,
y maldita la gracia que le hace el recuerdo de las nomeolvides.
Acostumbrado a tratar con el tedio responde y se calla y también ríe.

Hay, entonces, una picazón, golpe tierno de dedos que semejan ejército de diestras
abejas
y el rostro de la Donna vuelve a surgir indemne.



El habla

Luchamos por hacer brotar del oscuro silencio
un momento distinto
en el que los árboles nos recuerden el hogar
y en paz estemos con los hombres.

Nos atrevemos a este himno,
sabiendo que en el alado mañana
hay una sonrisa que nos espera
y una confesión que brilla entre los nombres
y también en los verbos.
Aguardamos concluir el canto que jamás termina
para no tener que cruzar el Leteo
y saber que, en albo tiempo,
luego de las tardes,
habrá sosegada dicha y abrazos y amor comentado.